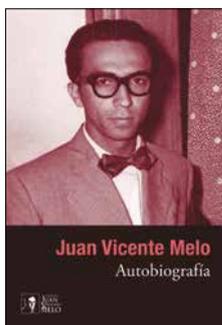


# ENTRE LIBROS

## Asistir a la invención propia

### Autobiografía

Itzel Olivares Bruno



**Juan Vicente Melo,**  
*Autobiografía,*  
pról. de Luis Arturo Ramos,  
col. Obras Juan Vicente Melo,  
Xalapa, uv, 2016, 61 pp.

La autobiografía es un género (¿o subgénero?) todavía en ciernes en cuanto a su estudio y, como la novela o el cuento, un texto con límites aún no demarcados de manera definitiva. Respecto a su veracidad, ¿debe el lector creer absoluta y ciegamente todo lo que el narrador de carne y hueso cuenta que ocurrió en cada faceta de su vida?, ¿o puede no creer una sola palabra pero sí asistir a la invención de un personaje, de realidades alternas pero insertas dentro de un orden

literario? Por lo que toca a su forma, ¿la autobiografía es esencialmente un recorrido, del principio a la recta final (o a la madurez), de esa vida que intenta crearse a fuerza de escribir y reiterar la existencia con el uso de verbos en pretérito y de la memoria, sobre todo la de un yo único e irrepetible pero al mismo tiempo tan polivalente dentro del universo autobiográfico? Imposible responderlo de manera definitiva, pero el hecho de que la autobiografía sea inasible (de nuevo, en tanto género) nos da una respuesta tentativa.

En el contexto mexicano, hubo un proyecto autobiográfico llamado Nuevos escritores mexicanos del siglo xx presentados por sí mismos. Fue una colección impulsada por Rafael Giménez Siles y Emmanuel Carballo bajo el sello Edipsa (Edición y Distribución Iberoamericana de Publicaciones o, simplemente, Empresas Editoriales). Por medio de la invitación a escritores mexicanos jóvenes, de 35 años o menos, se recopiló las autobiografías “precozes” de los participantes, entre ellos Juan Vicente Melo. El término, por supuesto, emula y recuerda la *Autobiografía precoz* de Yevgueni Yevtushenko y busca llamar la atención con ironía, pues la edad a la que se escribe es otra manera de cuestionar el mismo género. En todo caso, Federico Gamboa también hizo lo propio con medio siglo de ventaja.

Cumplidos en 2016 los 50 años de haberse publicado, la Editorial uv la reedita en la serie Obras Juan Vicente Melo (coordinada por Nina Crangle) junto con *La obediencia nocturna* y una segunda compilación de sus *Cuentos completos* (edición aumentada), prologadas todas por Luis Arturo Ramos, conocedor y crítico de su obra. El lanzamiento de esta serie puede verse, de alguna manera, como homenaje.

Cabe decir que no es su *Autobiografía* (originalmente publicada en 1966) la obra por la que Melo es mayormente conocido, sino sus cuentos y su novela *La obediencia nocturna*. Vale mencionar que a aquéllos hay que acercarse con reservas: *Los muros enemigos* y *Fin de semana* conforman volúmenes de narraciones maduras, mejor logradas, en las que se desarrollan constantes de su literatura,

**Al inventarse, él habla de lo más elemental de su vida: es de Veracruz; el tercero de cuatro hijos, nacido bajo el signo de piscis, “signo de agua, disolución, habitación en las profundidades. Signo de la movilidad, la inconsistencia”.**

tanto formales como temáticas (la nostalgia, el agua como elemento purificador, el ritual, el desdoblamiento, el ciclo eterno).

Con sólo 34 años, Melo firma en mayo de 1966 su autobiografía desde el entonces Distrito Federal. Confiesa y comienza a inventarse: “sincera e ingenuamente declaro que mi vida todavía no ha comenzado”, y reitera de manera constante que es “víctima de fuerzas atávicas” y de “una realidad que, hasta ahora, acepto porque no hay otra posible”. Desde el inicio menciona que debido a ello siempre miente, inventa, y con esa advertencia quizá le esté diciendo entre líneas al lector que lo que va a



*El paraíso de Anita. De la serie La vida es juego*

encontrar de ahí en adelante es un engaño. Si lo es o no, no importa. Importa cómo habla de él mismo, y que lo hace como en uno de sus relatos, donde él es el personaje: describe el escenario (su departamento), lo que encuentra cuando mira a la ventana (una antena, calles, personas) y dice: “todo se detiene y me obliga a empezar por el principio”. De nuevo, el ciclo.

Es aquí cuando empieza a desdoblarse, a hablar de un yo que asume todo el tiempo no ser él (mirarse al espejo, describir su cara y no ser parte de ese cuerpo).

Al inventarse, él habla de lo más elemental de su vida: es de Veracruz; el tercero de cuatro hijos, nacido bajo el signo de piscis, “signo de agua, disolución, habitación en las profundidades. Signo de la movilidad, la inconsistencia” (cualidad que lo une con otros seres también inventados por él: Estela, Beatriz, Titina, Enrique...).

Cuando se publicó *La noche alucinada* en 1956, Juan Vicente Melo cumplía 24 años y justo recibía su título como “médico cirujano-partero”, profesión que le sirvió de pretexto para viajar a Pa-

rís y especializarse en dermatología en Saint-Louis, así como para tomar algunas clases de literatura en La Sorbonne. (Allá conoció a Albert Camus, muy dispuesto al trato, y a Céline, que por lo contrario era un huraño.) Pero pronto tendría que decidir: a pesar de una predilección por la medicina y de numerosos encuentros fallidos con la práctica (Melo siempre caía desmayado al ver cuerpos vulnerados pese a haber obtenido la licenciatura y una especialidad); a pesar de que en casa siempre hubo una delegación implícita del oficio

médico para los hijos y de que ambos padres motivaron a los niños Melo Ripoll a tocar el piano, cantar o bailar, al final se dedicó a las letras en los años venideros... y fue desheredado, según cuenta.

Apenas 61 páginas (incluyendo el prólogo), sin segmentos y escritas desde la sinceridad, conforman este texto, muy breve. ¿Qué puede decir una persona de 34 años sobre su vida? Quizá convenga leer esta obra en consonancia con las autobiografías precoces de Pitol, Elizondo (muy notable), José Agustín, García Ponce, Monsiváis, entre otros, para averiguar la manera en la que se crearon también a sí mismos cuando rondaban la misma edad.

El hecho de ser precoz sólo puede poner en evidencia un aspecto de la autobiografía: es necesario que el personaje acabe el círculo de su existencia para poder crearse en su totalidad. El propio Melo lo percibe: “las autobiografías deben escribirse cuando el destino ha sido plenamente cumplido –y entonces puede hablarse ya de vida, de mito”.

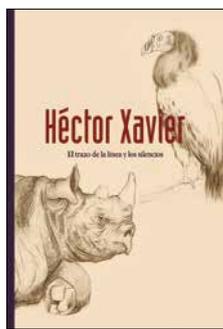
Aunque el mito no esté creado para 1966, la prosa del escritor, aun para hablar de su vida, apunta esencialmente a una ficción. Al final de su texto decide, mejor, hablar de su literatura: “en mis cuentos –y en la novela que actualmente preparo– todo ha sucedido, el tiempo está detenido, y los personajes sólo viven un determinado instante (generalmente provocado por un accidente atmosférico) en que toman conciencia de su existencia y asisten a su propia revelación, al misterio del mundo”. Así es, precisamente, la vida humana: todo se detiene y nos obliga a empezar por el principio. **LPyH**

• **Itzel Olivares Bruno** estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la UV.

## Eslabón cultural

### Libro de arte

#### N. Obed



#### Héctor Xavier,

*El trazo de la línea y los silencios*, coords. Angélica Abelleira y Dabi Xavier, ed. Alberto Tovalín Ahumada, Xalapa, UV-Ivec, 2016, 223 pp.

Es eso que los hace y lo mismo las artes  
que ellos hacen  
y el trabajo que ellos hacen y la manera  
en que comen  
y la manera en que beben  
y la manera en que aprenden y todo.

GERTRUDE STEIN

En el ámbito de las manifestaciones artísticas, el dibujo cumple una función primordial al reflejar a la sociedad en sus diferentes momentos históricos. En México, las primeras enseñanzas del dibujo como disciplina fueron impartidas por diversas instituciones, entre las que destacaron las educativas, repartidas en diferentes estados de la República a partir del siglo XIX; las escuelas militares, que tuvieron papel principal por la introducción de la enseñanza del dibujo como una

técnica para el desarrollo cartográfico e industrial del país; y la primera escuela dedicada a la enseñanza del dibujo con base en programas y métodos, la Real Academia de las Tres Nobles Artes de San Carlos (nombrada después Escuela Nacional de Bellas Artes). Pese a estos avances, el proceso de reconocimiento a la disciplina del dibujo en México se generó con lentitud.

Un nuevo aporte al arte del dibujo es la compilación de las obras presentadas en el libro *Héctor Xavier. El trazo de la línea y los silencios*, el cual “reúne por primera vez los ejemplos de la obra que le darán a Héctor Xavier el lugar que le corresponde en la historia del arte mexicano como un extraordinario dibujante y el único que manejó con más constancia la punta de plata en el México del siglo XX”, tal como señalan en el prólogo las coordinadoras Angélica Abelleira y Dabi Xavier. Igualmente, conjunta un repertorio de textos de las diferentes perspectivas que familiares, amigos y personajes relevantes de la cultura mexicana del siglo XX han tenido respecto del dibujante, como son los casos de Raquel Tibol, Alberto Dallal, Pilar Rioja, Gilberto Aceves Navarro, Felipe Ehrenberg, José Emilio Pacheco y Eduardo Deschamps.

En reconocimiento al mérito de este trabajo editorial colectivo, la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana le otorgó el Premio CANIEM al Arte Editorial en la categoría Arte: ediciones ilustradas de lujo 2017, galardón que la Editorial de la Universidad Veracruzana obtiene por segunda vez consecutiva.

La entrañable comunión entre literatura y dibujo que mantuvo Héctor Xavier se ve reflejada en este libro conmemorativo de su vida y producción artística. La obra se organiza en siete apartados, entre los que sobresalen los testimonios de gente de la danza y